

## **Nueva Sociedad Separatas**

Gonzalo A. Saraví

**Entre la evasión y la exclusión social: jóvenes que no estudian ni trabajan. Una exploración del caso argentino.**

Artículo aparecido en Nueva Sociedad 189, enero-febrero 2004, pp 69-84.

# ***Entre la evasión y la exclusión social: jóvenes que no estudian ni trabajan***

*Una exploración del caso argentino*

**Gonzalo A. Saraví**

*Desde diversas instancias vinculadas con la política social suele definirse a los «jóvenes» como un grupo vulnerable. Uno de los subgrupos con mayores riesgos es el de los jóvenes que no estudian ni trabajan. El elemento que los aglutina es precisamente el permanecer al margen de las instituciones más importantes de socialización e integración social. El artículo explora las características y evolución de este grupo en la última década en Argentina, analizando las transformaciones en sus rasgos socioeconómicos y en sus patrones biográficos. Se sugiere que en los últimos años se observa un proceso de consolidación de este grupo de jóvenes, que se ha tornado más pequeño, homogéneo, con una fuerte concentración de desventajas y altos riesgos de exclusión.*

## ***Introducción***

**E**n los últimos años diferentes factores han confluído para que desde diversas instancias vinculadas con la política social se defina a los jóvenes

---

**Gonzalo A. Saraví:** antropólogo argentino por la Universidad de Buenos Aires y doctor en Sociología por la Universidad de Texas (Austin); es profesor-investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social - Ciesas, Ciudad de México; @: <gsaravi@juarez.ciesas.edu.mx>.

**Palabras clave:** exclusión social, mercado de trabajo, juventud, Argentina.

---

como un grupo vulnerable. Las crecientes dificultades para incorporarse al mercado de trabajo, la particular concentración de la pobreza en este segmento de la población, los rezagos y desigualdades educativas, así como la destrucción de canales tradicionales de movilidad social, se cuentan entre algunos de los factores que han llevado a definirlos como un grupo en riesgo de exclusión.

Dentro de este universo, uno de los subgrupos más vulnerables está constituido por los jóvenes que no participan en el sistema de educación formal ni en el mercado de trabajo. El atributo común que los ubica en una misma categoría es precisamente el permanecer al margen de algunas de las instituciones clave de socialización e integración social durante esa etapa de la vida. Tal condición de exclusión los coloca en una situación de indefinición cercana a la inexistencia social, por cuanto la sociedad contemporánea no logra asignarles un reconocimiento y/o estatus social particular: no son estudiantes, trabajadores, desocupados, ni amas de casa. Esa situación extrema de exclusión, en términos de desafiliación social, convierte a este grupo no solo en manifestación evidente de la crisis por la que atraviesan los canales tradicionales de integración social, sino al mismo tiempo en una caja negra de la que poco sabemos, pero que fácilmente se asocia con diversos e incluso contrastantes prejuicios sociales: desde una prolongada adolescencia que se resiste a asumir responsabilidades adultas, hasta la estigmatización de este grupo con actividades delictivas, consumo de drogas y otras prácticas socialmente sancionadas.

El artículo se propone indagar las características y evolución de este segmento de jóvenes en el transcurso de la última década en Argentina. El análisis profundiza en algunos rasgos socioeconómicos y en sus trayectorias educativas y laborales. De esta manera se pretende lograr una primera exploración de quiénes son los jóvenes que entran en esta categoría, cómo y con qué efectos se insertan estos periodos de exclusión en el proceso de transición a la adultez, y cuál es el grado de desafiliación social implícito en esta condición.

### ***¿No haciendo qué? Tipos de inactividad y su evolución en los años 90***

Uno de los aspectos más relevantes asociado con el proceso de transición a la adultez en las sociedades contemporáneas es la significativa proporción de jóvenes que no estudia ni trabaja. Este es un fenómeno que se presenta en países tanto desarrollados como en vías de desarrollo, y pone en evidencia la crisis de las instituciones que tradicionalmente aseguraron el proceso

de tránsito hacia la integración de los jóvenes como individuos adultos y autónomos. Sin embargo, las raíces y connotaciones que asume este estatus juvenil de indefinición y ausencia adquieren rasgos específicos en diferentes contextos.

Uno de los enfoques sobre este fenómeno hace énfasis en la «falta de trabajo» (*joblessness*) como problema central, focalizando el análisis en los jóvenes que abandonaron el sistema educativo, permanecen sin empleo y no participan en programas de entrenamiento laboral. De este modo, se coloca en una misma categoría a los jóvenes inactivos no estudiantes y a los desempleados. El argumento para considerar ambas situaciones de manera conjunta es que en este sector de la población las dificultades de inserción en el mercado laboral no necesariamente se manifiestan en los niveles de desempleo, sino también de inactividad. Como señalan Freeman y Wise (1982), lo impreciso de las fronteras entre desempleo e inactividad y la fluidez del tránsito entre uno y otro estado, constituyen un rasgo distintivo del mercado de trabajo juvenil. Efectivamente, diversos estudios demuestran que, en contextos de oportunidades de empleo restringidas, los jóvenes son particularmente propensos a abandonar el mercado laboral y pasar a la inactividad.

Un enfoque alternativo consiste en analizar ambas situaciones (desempleo e inactividad) de manera separada. El argumento a favor de esta perspectiva es que los factores y razones detrás de la imposibilidad de obtener un empleo y del retiro del mercado de trabajo pueden ser inicialmente diferentes, aunque posteriormente una de estas situaciones pueda constituirse en desencadenante de la otra (como en el caso de los desocupados desalentados). En este sentido, considerarlos como un grupo unitario resultaría en la confusión de fenómenos intrínsecamente diferentes. La inactividad de los jóvenes que ya abandonaron el sistema educativo puede estar vinculada con elecciones basadas en motivaciones diversas, no necesariamente asociadas con constreñimientos, o con limitantes de tipo no económico, sin tener aún ninguna relación directa con las características del mercado laboral (Ryan).

Aquí optamos por este último enfoque no solo por los argumentos presentados anteriormente, sino también por los intereses y el contexto de este trabajo. El análisis no se centra en las características y dificultades del mercado laboral, sino en el abandono, retiro y/o rechazo de los jóvenes de instituciones clave en el proceso de integración social. El mercado laboral, al igual que el sistema educativo, es considerado en tanto constituye parte medular de la infraestructura social que garantiza la integración social durante este perio-

do del curso de vida. En este sentido, la búsqueda de trabajo que define al desempleado expresa la persistencia de un vínculo, por débil que éste sea, con el ámbito laboral, y sobre todo manifiesta la credibilidad y aceptación de esta institución social por parte del individuo.

Por otra parte, el contexto argentino en los años 90 se caracterizó por un mercado de trabajo altamente comprimido, con niveles de desempleo desconocidos en la historia reciente del país. El desempleo juvenil adquiere así connotaciones que trascienden toda especificidad etaria. Separaremos, entonces, a los jóvenes desempleados de los inactivos que no son estudiantes ni amas de casa, concentrándonos en este último grupo, al que llamaremos de *estatus cero*<sup>1</sup>.

Sin embargo, aun dentro de este grupo más acotado, los factores y situaciones asociados con esa condición de inactividad varían de un contexto a otro. En algunos países europeos, donde ese tipo de inactividad es significativamente alto, los jóvenes que no estudian ni participan en el mercado de trabajo tienden a realizar otras actividades vinculadas con el ocio, aprovechando ya sea una creciente extensión de la etapa de dependencia económica de los padres o las intermitencias de las oportunidades laborales que les permiten alternar entre periodos de acumulación y uso de ingresos. Así, por ejemplo, en el caso de Suecia, donde la proporción de jóvenes de 20 a 24 años de edad en estatus cero (12,1%) es superior a la de desempleados, la mayoría de ellos se encontraba prestando servicio militar (35%) o viajando por el exterior (15%) (Ryan). En contraste, Williamson encuentra que en el caso de Inglaterra el estatus cero se asocia con actividades ilícitas y delictivas menores, pero fundamentalmente con un fuerte distanciamiento de los valores y aspiraciones dominantes.

En el contexto latinoamericano, los estudios sobre este sector son escasos. Una exploración inicial de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) destaca la vulnerabilidad y riesgos que afectan a este grupo en la región, no solo por la disminución de sus oportunidades futuras de bienestar, sino también por una creciente asociación con actividades ilícitas (Cepal). En ese mismo estudio, se estima que alrededor del 5% de los jóvenes de la región de entre 15 y 19 años de edad se encuentra en esta condición, lo que equivale a cerca de dos millones de adolescentes latinoamericanos

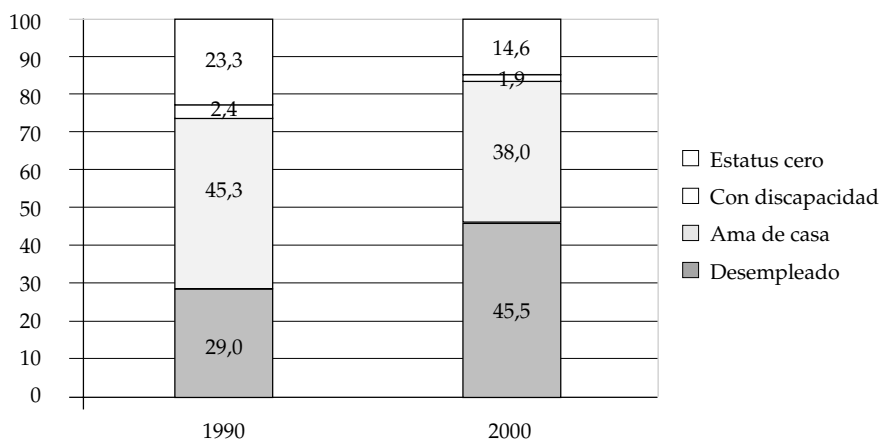
---

1. Tomamos esta denominación de H. Williamson (*status zero*), quien hace referencias a las dificultades para asignarle un estatus y categorizar a este grupo de jóvenes.

excluidos tanto del sistema educativo como del mercado laboral. En el caso de Argentina, los jóvenes en estatus cero representan una proporción similar, sin embargo, en el transcurso de la última década se observa una leve tendencia decreciente.

Gráfico 1

**Jóvenes de 15 a 24 años que no estudian ni trabajan: categorías principales  
Gran Buenos Aires, 1990 y 2000 (%)**



**Fuente:** Elaboración propia basada en la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) (ondas de octubre).

A lo largo de la última década la proporción de jóvenes (de 15 a 24 años) que no estudia ni trabaja permaneció prácticamente sin cambios, afectando a uno de cada cinco jóvenes (20,9% en 1990 y 20% en 2000). Sin embargo, este dato todavía nos dice poco sobre nuestro grupo de interés, dado que las proporciones de quienes no estudian ni trabajan ocultan situaciones diversas al incluir conjuntamente a desempleados y otros inactivos. El gráfico 1 nos permite discriminar entre esas condiciones. En 1990, quienes no estudiaban ni trabajaban eran en su mayoría amas de casa (45,3%); para 2000, los desempleados pasaron a ser el grupo mayoritario (45,5%). También se da una disminución de los jóvenes en estatus cero, quienes en 1990 representaban una proporción similar a la de los desempleados y en 2000 menos de la tercera parte. En síntesis, en los años 90, al mismo tiempo que se incrementa notablemente el número de jóvenes que permanecen en el sistema educativo, se produce un desplazamiento de igual magnitud desde la inactividad hacia

el mercado de trabajo, o más específicamente de amas de casa y jóvenes en estatus cero a desempleados.

Este es un primer indicador del significado y naturaleza de la inactividad entre los jóvenes en los años 90: en un periodo de crisis como el que analizamos, los jóvenes se desplazan hacia el sistema educativo y el mercado laboral y no se retiran de estas instituciones. El distanciamiento con respecto a ellas no necesariamente se asocia con tiempos de crisis. Sin embargo, al mismo tiempo estos desplazamientos sugieren cambios importantes en la naturaleza del estatus cero: permanecer en esa condición en un momento de crisis extrema, como la ocurrida en Argentina a finales de los 90, adquiere connotaciones particulares y nos habla de un mayor nivel de desafiliación.

Como resultado de estos cambios, en el total de la población de 15 a 24 años la proporción de jóvenes excluidos del mercado de trabajo y del sistema educativo disminuyó de 4,9% a 2,9%. Se trata de más de 63.000 jóvenes que aun en tiempos de creciente pobreza y desempleo no son estudiantes, no están empleados ni buscando trabajo, no son amas de casa ni tienen discapacidad alguna que les pudiera impedir realizar una de esas actividades. El próximo paso del análisis consiste en explorar las características de este grupo de jóvenes, que si bien constituye una minoría en términos relativos, cobra relevancia por su escaso, sino nulo, nivel de integración social.

### ***Menos pero peor: concentración de desventajas en jóvenes en estatus cero***

El retiro del sistema educativo y del mercado de trabajo puede ser motivado por factores y condiciones diversos e incluso contrastantes. En este sentido, la inclusión en esta condición, si bien pone de manifiesto la emergencia de procesos desafiliatorios, nos dice poco sobre los sujetos de estos procesos y sus oportunidades para compensar o revertir esos periodos de ausencia o exclusión. A modo de ejemplo, no es equiparable la situación de un joven que decide postergar por un año el ingreso a la universidad, con la de una madre adolescente que abandona la secundaria, o la de un joven involucrado en actividades delictivas.

El análisis de algunas características de los jóvenes excluidos de los años 90 muestra no solo que experimentan mayores desventajas en comparación con el resto de la población juvenil, sino además que las diferencias tendieron a acrecentarse durante la última década. Es decir, si bien durante el último decenio disminuyó el porcentaje de jóvenes en estatus cero, al mismo tiempo

este sector se volvió más homogéneo y con una más clara concentración de desventajas.

El estatus cero tiene mayor presencia entre los adolescentes (de 15 a 19 años) que entre los jóvenes adultos, y entre los hombres más que entre las mujeres. Los adolescentes varones emergen como el grupo con mayor probabilidad de estar excluido del sistema educativo y del mercado de trabajo. Por otro lado, estos jóvenes tienden a experimentar mayores desventajas que el resto de la población (cuadro 1). El 60% de los que no estudian, ni son amas de casa, ni trabajan o buscan empleo, y viven en hogares pobres, mientras que solo el 32% de los demás jóvenes se encuentran en esa situación.

Si bien la proporción de jóvenes en estatus cero en condiciones de pobreza resulta significativamente alta, ésta se mantuvo prácticamente en los mismos niveles al inicio y fin de los años 90. En contraste, los restantes atributos considerados en el cuadro 1 muestran una creciente concentración de desventajas.

Los cambios más importantes se dieron en relación con el nivel de educación. A lo largo de la década la proporción de jóvenes que no había logrado completar el nivel medio (12 años de educación) fue persistentemente mayoritaria en el grupo de estatus cero. Pero en el transcurso de esos 10 años las diferencias se acrecentaron de manera significativa. Mientras en términos generales los niveles de educación y la asistencia escolar crecieron, traducándose en un descenso de la población con menos de 12 años de educación o fuera del sistema educativo, los jóvenes en estatus cero sin educación media completa aumentaron de 67,1% en 1990 a 74,1% en 2000. Es decir, hacia el fin de la década, tres de cada cuatro jóvenes con una integración social débil presentaban al mismo tiempo serias deficiencias educativas (lo que contrasta con el resto de la población joven, donde solo uno de tres se encontraba en esa situación).

En lo que respecta a las características del hogar, se observan tendencias similares. El porcentaje de jóvenes en estatus cero con padres de muy bajo nivel educativo se incrementó de 30% a 40%, mientras que en el resto se observó una tendencia inversa (de 23,8% a 20,6%). El creciente deterioro del mercado de trabajo en los años 90 afectó con particular intensidad a los jefes del hogar y se extendió a diferentes sectores sociales (Bayón/Saraví), pero estas condiciones de precariedad laboral de los jefes de familia presentan niveles particularmente altos entre los jóvenes en situaciones de exclusión. En 1990, el 77% de los jóvenes en estatus cero residía en hogares encabezados por una persona con empleo estable y protegido; para el término de la



Cuadro 1

**Características de los jóvenes en condición de exclusión social  
Gran Buenos Aires, 1990 y 2000 (%)**

	1990		2000	
	No excluidos	Excluidos	No excluidos	Excluidos
<b>Educación</b>				
Menos de 12 años	44,8	67,1	33,2	74,1
12 años o más	55,2	32,9	66,8	25,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0
<b>Pobreza</b>				
Hogar pobre	29,0	60,8	32,0	59,8
Hogar no pobre	71,0	39,2	68,0	40,2
Total	100,0	100,0	100,0	100,0
<b>Nivel de educación hogar</b>				
Bajo	23,8	29,8	20,6	40,1
Medio bajo	42,3	50,1	36,4	48,1
Medio	17,0	4,9	18,8	5,9
Medio alto	14,8	15,2	18,1	4,0
Alto	21,0	0,0	6,1	1,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0
<b>Estatus ocupacional del jefe del hogar</b>				
Empleo estable	79,3	77,0	60,4	51,0
Empleo precario	15,8	15,2	28,3	31,0
Desempleado	4,8	7,8	11,3	18,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0
<b>Estructura del hogar</b>				
Uniparental	11,0	6,8	16,3	22,4
Nuclear	67,7	75,4	62,0	49,6
Extenso	21,3	17,8	21,7	28,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

**Nota:** Se incluye a jóvenes de 15 a 24 años viviendo con sus padres excepto en el renglón «educación», donde se considera el total de jóvenes con independencia de su lugar de residencia.

**Fuente:** Elaboración propia basada en la EPH.

década ese porcentaje había descendido a 51%, mientras que la proporción de quienes vivían en hogares encabezados por desempleados se duplicó en el mismo lapso (de 7,8% a 18%). Si bien con un ritmo sensiblemente menor, en el resto de la población juvenil también se incrementaron los niveles de jefes de hogar con empleos precarios o desempleados. Esta tendencia hacia

la diferenciación de ambos grupos en relación con las condiciones de trabajo del cabeza de familia merece ser destacada, pero más allá de la comparación resulta preocupante como dato en sí mismo que la mitad de los jóvenes excluidos tenga también como jefe de su hogar (seguramente uno de sus padres) a una persona con un vínculo débil con el mercado laboral.

Finalmente, también se observan cambios importantes respecto a la estructura del hogar. Al inicio de la década, tres de cada cuatro jóvenes excluidos (75,4%) residían en hogares nucleares, proporción que descendió bruscamente en el transcurso del decenio para llegar a uno de cada dos (49,6%). Paralelamente a esta disminución se observa un aumento de los jóvenes excluidos residiendo en hogares de un solo padre, lo que cobra mayor relevancia si observamos que en el resto de los jóvenes el cambio se produce en la dirección contraria. Estas tendencias muestran una creciente concentración de los jóvenes excluidos en hogares con una estructura más débil.

### ***¿Y después qué? Exclusión en el proceso de transición a la adultez***

Una de las principales interrogantes en torno de los jóvenes en estatus cero se refiere al significado y connotaciones de esta condición en el proceso de transición a la adultez. Situaciones, acontecimientos y procesos sociohistóricos afectan diferencialmente a individuos que atraviesan distintas etapas del curso de vida. La condición de estatus cero entre los jóvenes adquiere características especiales, y se constituye en problema social, por cuanto se trata de la exclusión de instituciones en las cuales la sociedad espera que los individuos participen activamente durante esa fase de la existencia. En ellas descansa la responsabilidad de proveer capacidades y recursos durante un periodo de acumulación y preparación para la vida adulta, los medios para lograr un estatus de autonomía e independencia con respecto a la familia de origen, y una fuente de identidad en una etapa de búsqueda identitaria. El proceso de transición a la adultez representa al mismo tiempo un proceso de integración social, por lo cual los riesgos de consolidación de sectores excluidos alcanzan dimensiones especiales (Esping Andersen).

En ese contexto resulta relevante explorar, por un lado, la duración o permanencia de los jóvenes en condiciones de estatus cero, y por otro, los estatus previos y subsecuentes a los periodos de exclusión. Con relación al primer aspecto, se trata de indagar si la condición de estatus cero representa una situación de larga duración concentrada en un grupo específico de jóvenes o una experiencia de tránsito, con mayor permeabilidad y fluidez en sus

fronteras. Las implicaciones de uno u otro tipo de situación serán sustancialmente disímiles, colocándonos frente a fenómenos de naturaleza distinta.

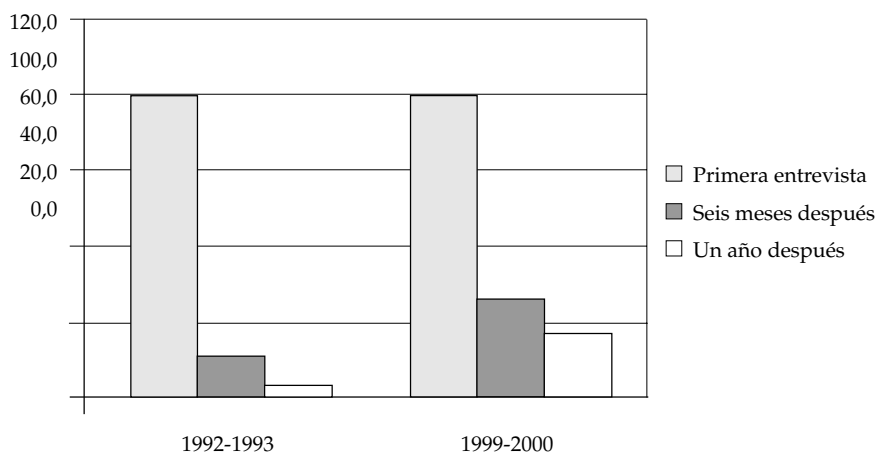
El segundo aspecto, en cambio, pretende establecer los lugares de «partida» y «llegada» de los jóvenes que atraviesan por periodos de estatus cero. ¿Se trata de desocupados desalentados ante la imposibilidad de hallar un empleo, de desertores de la escuela que se resisten a ingresar al mercado de trabajo, o de trabajadores agobiados por la precariedad de sus empleos y los magros ingresos recibidos? ¿Cuál es el destino al abandonar esos periodos de exclusión? ¿Representan un quiebre en sus trayectorias laborales y educativas o éstas son retomadas posteriormente? Nuevamente cualquiera de las respuestas posibles a estas preguntas nos colocarán frente a situaciones diferentes.

Una de las primeras observaciones que se desprende del análisis de paneles es la alta vulnerabilidad de los jóvenes a la condición de estatus cero. En 2000 el porcentaje en esta categoría era cercano al 3%; sin embargo, si se considera un periodo de un año obtenemos que 7% del total de jóvenes de 15 a 24 años atravesó por un periodo de exclusión, porcentaje que se incrementa a 9,1% entre los adolescentes. Considerar este fenómeno, no como una situación estática con solo dos alternativas posibles (dentro/fuera, incluido/excluido), sino desde una perspectiva más dinámica centrada en la vulnerabilidad a esta situación, nos permite reconocer una zona gris de mucha mayor amplitud caracterizada por la debilidad de los lazos de integración social.

El gráfico 2 presenta una distribución de los jóvenes que en el transcurso de un año atravesaron por un periodo de estatus cero, según el tiempo que permanecieron en dicha condición. Dos observaciones se desprenden del gráfico. En primer lugar, un porcentaje mayoritario (72,8%) permanece en estatus cero por menos de seis meses. Si bien inicialmente estos datos pueden sugerir cierta fluidez en el tránsito de un estado a otro, al mismo tiempo debe considerarse que una proporción importante de jóvenes (27,2%) encuentra serias dificultades para reinsertarse en alguna de las instituciones de las cuales permanecen excluidos.

La segunda observación se refiere a las tendencias. Al inicio de los años 90 poco menos del 11% de los jóvenes que en la primera entrevista estaban en estatus cero permanecía en esa condición seis meses más tarde, y solo una minoría muy pequeña (2,9%) luego de un año. Al finalizar el decenio los

Gráfico 2

**Jóvenes de 15 a 24 años en condición de exclusión social al inicio y fin de los 90:  
 permanencia en estatus cero. Gran Buenos Aires**


**Nota:** Se sumaron dos paneles al inicio y fin de la década a efectos de incrementar el tamaño de la muestra. Los paneles construidos son: a) de octubre de 1991 a octubre de 1992, y de octubre de 1992 a octubre de 1993; y b) de octubre de 1998 a octubre de 1999, y de octubre de 1999 a octubre de 2000.

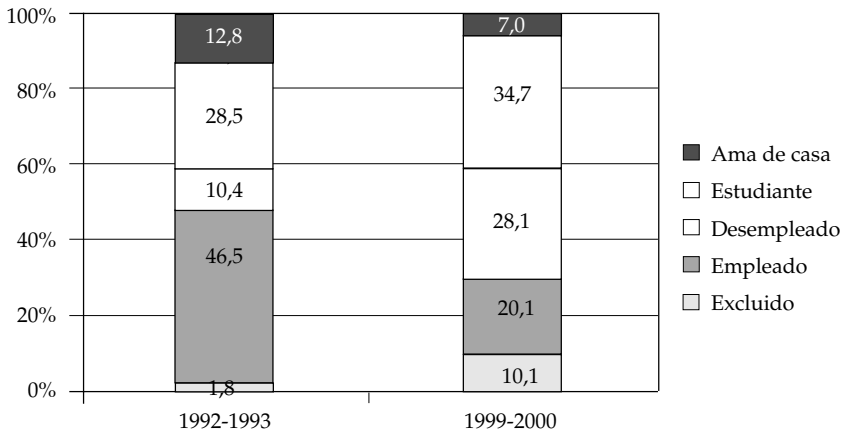
**Fuente:** Elaboración propia basada en la EPH.

contrastes resultan notorios: más de una cuarta parte (27,2%) sigue en ese estatus por más de seis meses, y cerca de uno de cada cinco (18%) permanece excluido por más de un año. A la par de un descenso en la proporción de jóvenes afectados por problemas de exclusión, se dio también un aumento significativo en el porcentaje de aquellos que una vez fuera del sistema educativo y el mercado de trabajo siguen excluidos por periodos más largos. Si bien la permeabilidad de la condición de estatus cero, traducida en movimientos de entrada y salida en periodos cortos, se mantuvo en niveles relativamente altos, al finalizar la década una proporción creciente de jóvenes encuentra mayores dificultades para salir de ella, permaneciendo por largos periodos en situaciones de exclusión.

Al finalizar la década, la comparación entre ambos paneles muestra una composición más heterogénea de los jóvenes excluidos en lo que respecta a su estado previo (gráfico 3), con porcentajes similares de ex-estudiantes (35%), ex-desocupados (28%), y ex-ocupados (20%). La mayor heterogeneidad en la composición presenta un panorama más complejo de las posibles

Gráfico 3

**Jóvenes de 15 a 24 años en condición de exclusión social al inicio y fin de los años 90:  
estatus previo. Gran Buenos Aires**



**Fuente:** Elaboración propia basada en la EPH.

causas y factores que empujan hacia la exclusión. Sin embargo, existe una diferencia sustancial: al inicio de la década, cerca de la mitad de los jóvenes (46%) entraba en una condición de estatus cero luego de una etapa de trabajo que muy posiblemente les haya permitido la acumulación de ciertos ingresos para un posterior periodo de inactividad; al finalizar los años 90, en cambio, casi tres de cada cuatro jóvenes (73%) procedían de estatus que no implican ingresos (estudiantes, desocupados, o ya excluidos).

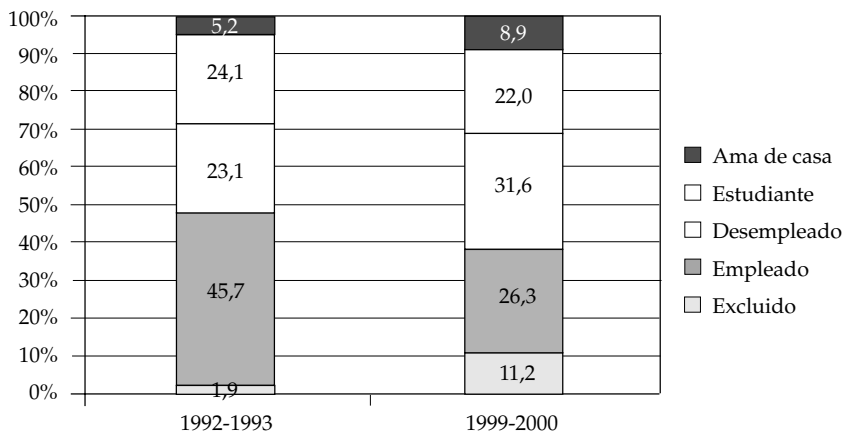
Tanto el haber tenido una experiencia previa de trabajo, como la posibilidad de haber obtenido (y tal vez acumulado) ingresos, son factores que pueden considerarse decisivos. Por un lado, la alta presencia de ex-estudiantes y ex-desempleados supone extender el periodo de dependencia económica o bien explotar vías alternativas (ilícitas) para la obtención de ingresos. Por otro lado, cualquiera sea el caso, puede pensarse en una suerte de descreimiento en las instituciones del mercado de trabajo y el sistema educativo. Esta hipótesis cobra fuerza si tomamos en cuenta que una abultada mayoría (86%) de los jóvenes en estatus cero declaró que no buscaba trabajo debido a que «no deseaba trabajar», mientras que los restantes (14%) dijeron no hacerlo por «otras razones», pero no hubo respuestas que señalaran la

imposibilidad de encontrar trabajo –típica respuesta del desempleado desalentado. En este sentido, la alta proporción de ex-estudiantes y desocupados entre los jóvenes en condición de exclusión sugiere un proceso de escape o evasión por descreimiento en la efectividad de instituciones integradoras como el mercado laboral y el sistema educativo. La idea de evasión pretende significar una retirada adelantada ante las sospechas de fracaso y/o inutilidad de los esfuerzos invertidos en ambas instituciones. La evasión puede pensarse como un mecanismo de defensa anticipada ante el sentimiento de frustración que produce la experiencia de la exclusión.

El análisis del destino posterior al periodo de exclusión también arroja un cuadro más complejo y heterogéneo al inicio de la nueva década que 10 años atrás (v. gráfico 4). En gran medida esas diferencias pueden atribuirse a condiciones más restrictivas en el mercado de trabajo. En el panel 1992-1993, cerca de la mitad (46%) de los jóvenes que pasaron por un periodo de exclusión, no solo se había reintegrado al mercado laboral seis meses después, sino que habían obtenido un empleo. En los últimos años del decenio solo uno de cada cuatro jóvenes pudo seguir ese destino; la mayoría continuó con formas precarias de integración, ya sea engrosando las filas de desocupados

Gráfico 4

**Jóvenes de 15 a 24 años en condición de exclusión social al inicio y fin de los años 90: estatus posterior. Gran Buenos Aires**



Fuente: Elaboración propia basada en la EPH.

(32%) o permaneciendo en la condición de estatus cero (11%). En síntesis, hacia el final de la década las posibilidades de integración luego de un periodo de exclusión parecen más restrictivas, y el desempleo emerge como el destino más probable, lo cual evidentemente no representa el mejor de los escenarios posibles para este grupo de jóvenes.

### **Conclusión**

Los principales hallazgos de este trabajo pueden sintetizarse en tres puntos. Primero, en contraste con lo sugerido por algunos estudios, en el transcurso de los años 90 –decenio caracterizado por una crisis que fue agudizándose para finalizar con niveles históricos de pobreza y desempleo– la proporción de jóvenes excluidos fue en descenso. El uso de una definición restrictiva pero al mismo tiempo dura de exclusión, nos permitió observar un proceso paralelo de aumento de la permanencia en el sistema educativo, crecimiento de la participación en el mercado de trabajo y disminución de los jóvenes en estatus cero. Segundo, simultáneamente con la disminución de su tamaño, este grupo fue adquiriendo una mayor homogeneidad en cuanto a sus características sociodemográficas. Al finalizar la década, los jóvenes excluidos del sistema educativo y del mercado laboral presentan una mayor y creciente concentración de otras desventajas sociales en términos de educación, pobreza y composición de sus hogares. Tercero, se observa un incremento significativo de jóvenes que permanecen excluidos por periodos más extensos, y un debilitamiento del vínculo con el mercado de trabajo. Al considerar el estatus previo y posterior al periodo de exclusión se observa una disminución significativa de los «empleados». Esto sugiere que los jóvenes que pasan por un periodo tal tienen menor experiencia previa de trabajo y obtención de ingresos, a la vez que encuentran mayores dificultades para reinsertarse en el mundo laboral.

Al considerar de manera conjunta estos tres puntos, puede sugerirse que en el transcurso de los años 90 la condición de estatus cero sufrió una transformación de su naturaleza y significado. La agudización de la crisis fue «depurando» esta categoría, empujando a muchos jóvenes a abandonar su inactividad para reinsertarse en el mercado buscando un empleo, y en menor medida a permanecer más tiempo en el sistema educativo. Como resultado, el tamaño de este grupo disminuyó, pero al mismo tiempo dejó ver la conformación de un conjunto más homogéneo, en el que se acrecienta la acumulación de desventajas y se debilitan los lazos de integración social. La crisis permitió discriminar fenómenos de naturaleza diferente.

La condición de estatus cero al finalizar la década constituye el resultado de un claro proceso de exclusión social. Los jóvenes que no son amas de casa ni estudiantes, no trabajan y no buscan empleo, presentan ahora un elevado nivel de desafiliación social. No solo no tienen ningún lazo directo con el sistema educativo ni el mercado laboral (lo cual es parte de la definición), sino que, además, son mayoritariamente pobres, tienen bajos niveles educativos, residen crecientemente en hogares encabezados por trabajadores precarios o desempleados, en contextos de muy bajos niveles de educación, y entornos familiares de tipo no nuclear. Simultáneamente, la crisis del mercado de trabajo ha hecho más difícil su reinserción, lo cual se traduce en periodos más extensos de exclusión o en una integración posterior más precaria e inestable.

Un último aspecto que hace más complejo este fenómeno y le da una nueva dimensión emerge al mirar la exclusión desde una perspectiva del curso de vida. La juventud representa un periodo de transición en el cual se definen y tienen lugar pasos que afectarán de manera decisiva la integración social y las oportunidades futuras de bienestar (Hogan/Aston). La adquisición de habilidades y credenciales a través del sistema educativo, el inicio de una carrera laboral, la formación de una nueva familia a través de la unión conyugal y/o la maternidad-paternidad, el abandono del hogar de origen, la búsqueda de una identidad y reconocimiento social como miembro adulto de la sociedad, son algunas de las transiciones que definen esta etapa de la vida. Cómo se verán afectadas las trayectorias existenciales como consecuencia de los periodos de exclusión que hemos explorado en este trabajo es la pregunta pendiente para futuras investigaciones. Como señala Esping Andersen (p. 33): el «verdadero peligro consiste en que una minoría importante resulte atrapada en trayectorias de vida inferiores». La intención de este artículo ha sido precisamente señalar la amenaza real de que asistamos a la consolidación de una minoría de jóvenes con altos niveles de exclusión no solo difícilmente reversibles sin una política activa, sino potencialmente instigadores de una espiral de exclusión social.

### **Referencias**

- Bayón, C. y G. Saraví: «Vulnerabilidad social en la Argentina de los años 90: impactos de la crisis en el Gran Buenos Aires» en R. Kaztman y G. Worlmaid (coords.): *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, Cebrá, Montevideo, 2002.
- Cepal: *Panorama social de América Latina 1997*, Cepal / Naciones Unidas, Santiago de Chile, 1997.



- Esping Andersen, G.: «A Child-Centred Social Investment Strategy» en G. Esping Andersen (ed.): *Why We Need a New Welfare State*, Oxford University Press, Nueva York, 2002.
- Freeman, R. y D. Wise: «The Youth Labor Market Problem: Its Nature, Causes, and Consequences», en R. Freeman y D. Wise (eds.): *The Youth Labor Market Problem: Its Nature, Causes and Consequences*, The University of Chicago Press, Chicago, 1982.
- Hogan, D. y N. Aston: «The Transition to Adulthood» en *Annual Review of Sociology*, 12, pp. 109-130, 1986.
- Novacovsky, I.: «Los jóvenes argentinos: reflexiones sobre el impacto de los cambios estructurales y las políticas de inserción laboral», ponencia presentada en la conferencia «Jovens Acontecendo na Trilha das Políticas Publicas», Unesco, Brasilia, 23 de mayo de 1998.
- Ryan, P.: «The School-to-Work Transition: A Cross National Perspective», *Journal of Economic Literature* 39 (1), pp. 34-92, 2001.
- Williamson, H.: *Youth and Policy: Contexts and Consequences, Young Men, Transition, and Social Exclusion*, Ashgate, Aldershot, Inglaterra, 1997.